

Capítulo 9 - Luces Pálidas

- Capítulo 9 - Luces Pálidas

Capítulo 9 - Luces Pálidas

Cuando Song sugirió que fueran a las Bóvedas Esmeralda a desayunar y conversar, en realidad no fue una sugerencia, sino una decisión ya tomada.

Ella tenía esa expresión en su rostro, la que Maryam había aprendido que significaba que la decisión ya estaba hecha y que discutir era un riesgo innecesario. No que alguno de ellos tuviera ánimo de pelear, mucho menos la Izvorica: todavía se recuperaba del interior de esa cafetería. Sentir un comercio tan extraño con su nave era un hábito, casi una decisión que ni conscientemente pensaba, pero lo que había sentido... Era como estar en medio de rápidos, las corrientes en el éter eran fuertes y indómitas. Menos mal que no había rocas, o su efigie espiritual podría haberse herido por completo.

El interior de la Chimera no era la sobrecargada oficina de un comerciante viudo que aparentaba ser, sino algo cuidadosamente organizado para estimular el éter que contenía. Maryam sabía que eso era posible, claro, al menos en teoría. No era una tinker umuthi, pero entendía lo básico del funcionamiento de la maquinaria de éter: mediante el movimiento de simetría conceptual, se inducía movimiento en el éter y en el material simultáneamente, creando movimiento u otra forma de energía.

El diablo de la Chimera, ese 'Hage', había logrado lo que meses de investigación y una fortuna en materiales, como un caimán disecado y plantas en macetas, no podrían conseguir.

Un sentimiento de asombro reverente la llevó en silencio la mayor parte del camino hacia las Bóvedas Esmeralda, lo que Tristan notó. Bajó su paso al acercarse a la posada que era su destino, como si esperara entrar juntos.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

Maryam se lamió los labios.

—Ese café fue diseñado para confundir los significantes —respondió—. Me dejé llevar por mi curiosidad excesiva.

Sabía que era grosero, pero Maryam aún envió su nav para tantearlo. Tristan siempre le parecía igual: como fuego escondido en una botella oscura, conocido solo por el calor y el brillo. Siempre cálido al tacto. Los ojos del ladrón estaban entrecerrados cuando ella los encontró.

—¿Qué tan grave?

Ella negó con la cabeza, impidiendo que la preocupación se manifestara demasiado.

—Que el diablo pueda hacer esto, significa que pudo haber hecho algo mucho peor —dijo—. Esto fue como azucarar a un niño para enseñarle modales, no un ataque.

No de forma dura, sino con la firmeza suficiente para que la lección quedara grabada en la memoria. Tristan asintió lentamente.

—Wen ya conocía a Hage —dijo la ladrona—, y mencionó antes que la Chimera ‘se abrió aquí’, como si hubiera existido en otros lugares aparte de Tolomontera. Hay más de ese diablo de lo que sabemos.

—Esta isla guarda más secretos que el cielo estrellas —se quejó Maryam—. Vamos, hay que Ponernos al día con los demás antes de que Song declare ley marcial en nombre del desayuno.

La mujer en cuestión esperaba impacientemente en el vestíbulo de las Bóvedas Esmeralda, que era lo suficientemente opulento como para que Maryam entendiera por qué Song quería tanto que se quedaran allí. Cuando fueron conducidos al jardín, notó que no era un manto negro quien los guiaba, sino un hombre con ropa de sirviente. Se instalaron en el borde de una gran terraza con vistas a un campo de flores púrpuras y plateadas, sembradas con faroles de hierro forjado.

Todo en ese lugar era irremediabilmente hermoso, incluso la elegante mesa de madera que compartían, cubierta por una intrincada tela gris.

Un sirviente apareció en cuestión de momentos, preguntando qué querían beber y cuál era su preferencia para el desayuno: pan de miel recién horneado, una platea de frutas con pan blanco untado en mantequilla o pescado fresco con huevos y especias sarayanas. Song se lanzó al pan de miel con una rapidez impropia, esperando un largo momento puntiagudo y hablando de inmediato, mientras Maryam optó por las frutas y los otros dos por el pescado.

“Pronto volveré con las bebidas,” sonrió la mujer haciendo una reverencia profunda.

Maryam se tensó, aunque no por las palabras.

Era difícil explicar ese sentido a quien no hubiera forjado su nav — no muy diferente a contarle a un ciego acerca de los colores, sospechaba. La madre lo había descrito como terazije-vid, la vista de la balanza. Poder sentir el peso y el valor con el ojo de la mente, como el zorro en la historia del Rey Lloroso. Por muy desleal que fuera esa idea, a Maryam le gustaba más la forma en que el capitán Totec lo había descrito: somos como peces en el río, le había enseñado, percibiendo la corriente siendo uno con ella.

Y lo que ella percibía en la corriente era alguien intentando marcar a Angharad Tredegar con su nav.

Envió su propia efigie espiritual, rechazando el intento, y de inmediato el intruso cedió terreno. Tredegar se estremeció, apartando del oído una mosca inexistente, y la mirada de Maryam atravesó la terraza. La vista del jardín sobre el paisaje no estaba muy concurrida, pero tampoco vacía: seis mesas estaban ocupadas. Dos solitarios y cuatro compartidas, y aunque buscó al culpable, ninguno se reveló con su expresión.

“Maryam,” indicó Song.

“Tredegar tiene la atención de un signoador,” respondió ella. “Lo ahuyenté.”

La malani se tensó.

“¿He sido maldecida?” preguntó con preocupación.

La Izvorica casi puso los ojos en blanco. Como si fuera tan fácil cursedar a alguien con Gloam. Incluso las maldiciones más básicas, esas que son esencialmente Signos de Ancipital — concentración y manipulación del Gloam en estado puro — sólo deslizar una burbuja de Gloam en algún lugar importante del cuerpo y esperar que enfermara, requerían al menos unos minutos de concentración y refinamiento si no querías que fuera demasiado evidente lo que habías hecho.

“No,” dijo Maryam. “Adivino que intentaban obtener una impresión de tu alma para que pudieras ser fácil de distinguir en una multitud.”

“Y tú evitaste eso,” dijo Tredegar lentamente. “¿Actuando en mi defensa?”

Era más fácil sentirse ofendida por la sorpresa que interpretarla, así que eso fue lo que hizo Maryam.

“Mi nombre está en la misma lista del grupo, Tredegar,” respondió con frialdad. “Triglau también puede cumplir su palabra.”

Desde el rabillo del ojo vio a Tristan estremecerse. Los labios del noble se apretaron.

“No quise cuestionar tu honor,” dijo cuidadosamente, “sino agradecerte tus esfuerzos en mi nombre.”

Song la miraba con tanta intensidad que iba a perforarle un agujero en el costado del cráneo, así que Maryam se contuvo y simplemente asintió en señal de reconocimiento a las palabras de Tredegar.

“Bueno,” dijo Tristan. “Eso parece tan buen momento como cualquier otro para abordar la primera carne que debemos dividir, ou-”

Lo que fuera que estuviera a punto de decir, no llegó a decirse. No por la vuelta de alguien con nav desvergonzado ni por el sirviente de antes, sino por un joven de apariencia elegante y bien vestido con uniforme formal de la Guardia. Lierganen, evaluó Maryam. Barba bien cuidada, como suelen ser sus costumbres, fuerte y de cabello oscuro. Hizo una reverencia y mostró una sonrisa encantadora.

Una mirada alrededor de la mesa le indicó a Maryam que ninguno sabía quién era.

“Disculpen la osadía de este acercamiento,” dijo, “pero no pude evitar presentarme.”

“¿No pudo?” respondió Song con agrado. “Debe ser una vida muy difícil.”

Incluso sonrió cortésmente al final, como si no acabara de decirle que se fuera al infierno, y Maryam tragó una sonrisa. Song resultaba muy entretenida cuando alguien acababa de pisarle los pies, como en este caso. La sonrisa del joven se tensó un poco.

—Soy el capitán Tristan Ballester de la Cuarta Brigada—prosiguió con valentía, ignorando por completo a Song y dirigiendo su sonrisa hacia Tredegar.

Song parecía seriamente dispuesta a estrangularlo, notó Maryam, y su sonrisa se desvaneció.

—¿Tengo el placer de dirigirme a Lady Angharad Tredegar?—preguntó.

El rostro de la Malani era como una máscara de madera insípida.

—Soy yo—respondió Tredegar—¿Puedo ayudarte, capitán Ballaster?

—Por favor—dijo con fácil serenidad—llámame Tristan.

El propio Tristan lo observaba con la mínima afeitada de ceño, intentando entender cuál era su estrategia y, más que dispuesto a que lo olvidaran hasta que lo hiciera.

—Vengo a felicitarte por tu impresionante victoria de anoche, mi dama—continuó el capitán Ballaster.

Sus ojos recorrieron rápida pero claramente el uniforme de Tredegar, y Maryam casi pudo morderse el puño para no reírse al comprender lo que estaba sucediendo.

Ese perro no solo ladraba al árbol equivocado, ni siquiera estaba en el bosque correcto.

—¡Ay—dijo con galantería el capitán Ballaster—debo informarte que has triunfado en doble ocasión, pues tu gracia y belleza superaron a mi—

—No—dijo Song con severidad.

El hombre hizo una pausa, dirigiendo su mirada de regreso hacia ella.

—No entiendo—soltó.

—No—repetió Song—no tienes permitido interrumpir mi desayuno matutino por tu intento de convencer a mi cabalista de que se entretenga con alguien como tú.

—¿Perdón?—replicó Ballaster, enderezándose.

—Ah, por fin compartimos criterio—contestó su capitán—estás, en efecto, eximida.

Las mejillas del hombre se enrojecieron, pero al fulminarla con una mirada enojada, no encontró ni la más mínima muestra de cede en Song Ren. Ella lo desafió con la mirada, dejando que el peso de

sus palabras y el silencioso momento lo intimidaran ante los ojos de toda la sala—porque toda esta disputa, naturalmente, había atraído la atención de cada alma presente en la terraza.

Si Tristan le parecía una llamarada en una botella para su nave, entonces Song era un molino de piedra: pesado, lento y arduo, con una aparente parsimonia que en realidad enmascaraba una voraz capacidad para triturar todo cuanto atrapaba.

El capitán Ballaster se ruborizó aún más ante el silencio persistente, mirando a Tredegar y hallando solo un rostro impasible y sin expresión. Carraspeó, sintiendo incómodo la mirada fija en él. Cuanto más permaneciera allí, más se convertiría en objeto de burla entre los estudiantes de Scholomance antes de que terminara el día.

—En otro momento—dijo Ballaster, asintiendo a Tredegar—Lady Tredegar.

Los labios de la Malani se curvaron en una expresión que no alcanzaba a ser una sonrisa, y no contestó, dejando que él se retirara con la cola entre las piernas sin siquiera mirarla.

—Doble Brigada de la Muerte, en efecto—observó Tristan—por la manera en que Song lo acabó de matar dos veces.

Maryam se ahogó en una carcajada y Song intentó lanzarle una mirada de desaprobación, aunque le resultaba difícil mantenerla mientras se sentía halagada. Tredegar era quien fruncía el ceño.

—Qué falta de modales, aproximarse a una dama en un entorno tan inapropiado—deploró—. Ojalá no hubiéramos sido tan groseras a cambio, pero parecía dispuesto a quedarse de más de haber podido.

—Si buscamos aliados—afirmó firmemente Song—podemos hacerlo en mejores condiciones que estas.

El hombre regresó a su mesa—uno de esos que comían solo—y evitaba cuidadosamente mirarlos. Algunos otros estudiantes cuchicheaban, lanzando miradas no demasiado sutiles en su dirección. Pocos momentos después llegaron las bebidas, y Maryam pronto saboreaba feliz su xocolatl. La fría y aromática infusión permaneció en el paladar, disipando los últimos restos de inquietud tras su visita a los Queloniales.

—Algo sobre carne en la mesa—, sugirió Tristan.

Él asintió, dejando a un lado su copa de jugo de naranja prensado.

—Enemigos—, dijo. —Anoche descubrí varias cosas, y también creo que Tredegar lo hizo. ¿Hacemos un balance?—

—Hagámoslo—, aprobó Song. —Aunque después debemos discutir las clases, pues el Capitán Wen nos pidió que apuráramos la elección de optativas—.

Tredegar fue invitado a comenzar, y de esa manera Maryam supo que no simplemente había estado escogiendo duelos de honor por diversión. Si el hombre de la Novena Brigada había sido apuñalado mientras intentaba atacar a viejos conocidos del Dominio, entonces la Izvorica estaba dispuesta a perdonar los problemas que ello les había traído a la puerta. Le caía bien Ferranda, siempre lo había hecho, y Song le había insinuado que el contrato de Zenzele era muy útil.

Entre eso y la letalidad de Shalini Goel con las pistolas, incluso si su cuarteto de cabalistas era una simple bolsa de cebollas, seguirían siendo aliados excelentes.

—La Capitana Nenetl fue mucho más amistosa después, e insinuó la posibilidad de un grado más profundo en la relación entre nuestros cabales—, continuó Tredegar—. La otra aproximación significativa fue la Capitana Imani Langa.

—La del Undécimo Batallón, aquella que te lo encontró temprano—, dijo Tristan, inclinándose hacia adelante—. ¿Qué buscaba?

Tredegar vaciló por un momento.

—Intentaba reclutarme—, afirmó—. Dices que ella capitanea el Undécimo? No mencionó nada de eso.

Él asintió.

—Entonces parece que el Señor Thando me ofreció algo en su nombre anoche, y lo ignoré—, anotó Tredegar, y aclaró su garganta con cierta vergüenza—. También creo que parte de su interés en mí podría tener un fondo personal.

Maryam buscó la mirada de Tristan. Él hizo un gesto discreto, como si llevara un vestido con escote y una figura bien formada. ¡Válgame!, sonrió la Izvorica. Con alegría captó la atención de Song, levantando una ceja hacia la capitana. En el Dominio, los Tianxi en más de una ocasión habían lamentado la fascinación de Tredegar por la serpiente de colores brillantes llamada Isabel Ruesta, y ahora parecía que Angharad Tredegar tenía un gusto verdaderamente terrible y perdurable.

Era la persona más simpática que Maryam había logrado encontrarle.

De manera predecible, Song frunció el ceño con disgusto ante el interés evidente de Tredegar.

—Si esa mujer no es Krypteia, me comeré mi sombrero—, compartió Tristan—. Tiene entrenamiento en técnicas de espionaje.

—No sería prudente profundizar esa relación—, afirmó Song, observando a Tredegar—.

La Tianxi, sin embargo, no lo prohibió directamente. ¿Estaba siendo indulgente con Tredegar otra vez o simplemente cuidaba de no dar órdenes que no serían obedecidas? Difícil de decir. Con la parte de Tredegar concluida, pasaron a la de Tristan, y allí la situación se volvió más enrevesada.

—Entonces Tupoc Xical nos espía—, dijo Tredegar con frialdad—. Debería haberlo sospechado. Quiere ser enemigo tanto en Tolomontera como aquí.

—O está evaluando qué tan peligrosos seríamos si lo atacamos—, intervino Song—.

—También rastreó a Ferranda—, señaló Tristan—. Y de manera más exhaustiva que tú. Eso me inclina hacia lo que dice Song.

Lo mismo pensaba Maryam.

—Xical provoca a otros para poder estudiarlos—, explicó—. Solo entonces se arriesga a luchar, cuando conoce bien el terreno. No creo que esto sea diferente, solo que la naturaleza de la Scholomance significa que ya no puede confiar en insultos y provocaciones para obtener lo que desea.

Song asintió en señal de aprobación.

—De cualquier modo—, dijo la Tianxi—, no tiene sentido ir tras él a menos que tengamos una buena razón para creer que nos atacará. Una exploración propia quizás sea necesaria, pero nada más. Son los otros hilos que has sacado a la luz, Tristan—, que me preocupan: que una miembro de la Decimonovena Brigada, esa tal Lady Cressida, ayudó a traer a su espía.

“¿Un aliado suyo?” adivinó Maryam, luego encogió los hombros. “Sé que es difícil de creer, pero...”

“Para algunas almas, la fuerza prevalece sobre el carácter,” coincidió Tredegar. “Eso no lo pongo en duda. Lo que me resulta dudoso es que Tupoc Xical hiciera pactos a menos que enfrentara una necesidad enorme.”

Maryam asintió con un gesto, aceptando el punto. Al menos en el Dominio, Xical sólo se permitió jugar con acuerdos cuando era una fuerza dominante en ellos. Cuando ya no tuvo su mano en el timón, durante la Prueba de las Hierbas, se retiró.

“Podría ser que el N.º NINETECE tenga otro interés en esto,” dijo Song, lanzando una mirada sigilosa a Tristan.

El ladrón tarareó, sin negar la posibilidad.

“¿Ayudar al clan de Tupoc y que el nuestro se enfrenten, para luego aprovechar las pérdidas y cobrar mi recompensa?” propuso. “No es un mal plan, si eso es lo que piensan hacer.”

La Tianxi bebió su té, pensativa.

“Las reuniones que mencionaste que la capitana Ferranda ha estado organizando podrían ser una vía para obtener información sobre el N.º NINETECE,” decidió Song. “El chisme entre capitanes suele ser revelador, aunque no siempre exacto. Asistiré a la próxima y veré qué puedo aprender.”

Maryam aclaró su garganta.

“El N.º NINETECE podría ser un problema en el futuro, pero el Cuarenta y Nueve es una amenaza en el presente,” señaló. “Debemos abordarlo.”

“Estoy muy impresionado de que hayas logrado escapar de ellos, Tristan,” dijo Tredegar. “¿Usaron alguna especie de granada, entiendo?”

El ladrón pasó la lengua por los labios.

“Es más complicado que eso,” admitió. “El techo se derrumbó cuando cegué a sus Skiritai, y luego caí en lo que pensé que era un sótano, pero resultó ser otra cosa.”

“La ‘cruce accidental’ por la que te detuvieron,” dijo Song, con los ojos plateados entrecerrados.

Maryam respiró hondo de golpe.

“¿Qué quieren decir con eso ahora?” preguntó, buscando en Tristan signos de nuevos hematomas.

Siempre se llenaba de moretones, como si el tipo estuviera hecho de duraznos.

“¿Estuviste en la cárcel?” exigió.

“Estuve en detención, Maryam,” respondió sin pestañear. “Eso es completamente diferente.”

Ella cruzó su mirada, claramente poco impresionada.

“¿Encerraron la puerta?”

Si estaban cerrada, era una prisión.

“No voy a dignificar eso con una respuesta,” replicó con altivez.

Tredegar aclaró su garganta.

“¿Puedo preguntar,” dijo, “en qué momento cruzaste al, Tristan?”

“Los vigilantes lo llamaron una capa,” explicó. “Es alguna especie de ... lugar en el éter, una impresión dejada por un momento específico, y se supone que hay varias aquí. La que visité se llama la ‘Hora de la Bruja’, un sueño de la noche en que la Guardia invadió Tolomontera.”

Sus palabras hicieron que todos dirigieran la mirada hacia ella, incluso Tristan, pues, aparte de Song, sospechaba que ninguno sabía mucho sobre metafísica. Maryam solo conocía lo básico, ya que llegó a las enseñanzas de Akelarre después que la mayoría. Además, debía admitir que los Navegantes no estaban tan interesados en conocimientos académicos como la Sociedad Peiling.

Los signos eran enseñados principalmente en prácticos, pero ese conocimiento práctico, aunque limitado, era aún superior al de los demás en la mesa. Maryam mordió su labio, pensando cuidadosamente en sus palabras. La impresión es uno de esos conceptos difíciles de explicar sin recurrir a otros conceptos.

“¿Sabes qué es un pozo de éter?” finalmente preguntó.

Asentimientos vacilantes por doquier. Song fue quien ofreció una respuesta concreta.

“Es un fenómeno que ocurre de forma natural, en el cual el éter fluye hacia la realidad en grandes cantidades”, declaró ella. “Tolomontera es uno de estos lugares.”

Las Izvorica asintieron. Una simplificación, pero esencialmente correcta.

“El éter es tanto un reino como un elemento”, les explicó Maryam. “El término se usa para referirse a ambos de manera intercambiable, lo cual puede resultar confuso, pero la forma más sencilla de entenderlo es que el mundo material tiene un espejo inmaterial, que conocemos como 'el reino del éter'.”

Ella se lustró los labios.

“Ese reino recibe su nombre porque está constituido por un único elemento, el éter, y dicho elemento se filtra hacia el mundo material por sitios que llamamos pozos de éter.”

Maryam encontró un poco inquietantes las miradas atentas. Incluso Tredegar parecía estar en alerta. Especialmente Tredegar, se vio obligada a admitir con sinceridad.

“Seguramente habrán oído que sus emociones contaminan el éter, y eso los puede hacer preguntarse cómo puede llegar tanta rabia por haberse golpeado el dedo del pie a un reino tan inmaterial”, afirmó. “La respuesta simplificada es que su alma ocupa la frontera entre lo material y lo inmaterial, alcanzando ambos lados.”

Haber despertado su alma ciega en un nav, una efigie de alma, fue el primer paso en el camino de Maryam hacia poder manejar los poderes del mundo. Tejer la Gloam sin antes hacer esto era posible, pero condenaba a uno a trucos insignificantes y una muerte fea.

“No nos importa mucho”, les dijo Maryam. “La emanación de un alma es nada en comparación, una gota de agua en un océano. Se precisarían miles de muertes, ya sea todas a la vez o en un pequeño lugar, para que una impresión quedara en el éter y naciera algo similar a un dios en lo inmaterial.”

Frunció el ceño.

“Solo que las reglas cambian cerca de un pozo de éter”, explicó Maryam. “Aquí existe un éter físico, el elemento filtrado en lo material, mucho más susceptible a ser imprimado. Una batalla suficientemente sangrienta, como la invasión de Tolomontera, sería suficiente para lograrlo.”

“Entonces, Tristan no viajó a través del tiempo”, dijo lentamente Tredegar. “¿Solo recorrió los terrenos de este... sueño del pasado?”

“No existe eso de volver en el tiempo”, afirmó Maryam con firmeza. “Solo avanzar, y el éter ni siquiera puede hacer eso. Además, desde hace tiempo se discute si lo que hace la Gloam

realmente...”

Ella hizo una pausa y respiró. Prunó lo irrelevante, se recordó a sí misma Maryam. Era frustrante, como tener que explicar las intrincadas escaladas a alguien que ni siquiera había visto una colina. No había comprendido aún cuánto dependía todo lo que daba por sentado de conocimientos poco comunes, cuánto profundizaban en verdad las enseñanzas del Gremio de la Akelarre.

“No, él no viajó en el tiempo”, repitió. “La impresión, la capa, es real de la misma manera en que tú sabes que tu alma es real. Pero es como un recuerdo, una evocación de lo que fue. La complicación aquí radica en la materialidad de todo eso.”

Reflexionó sobre la explicación, cortando lo innecesario como si pelara una manzana.

“Una capa es tan real como lo es un alma”, finalizó, “porque también atraviesa la frontera entre lo material y lo inmaterial.”

“Pero mi cuerpo estuvo allí”, musitó Tristan lentamente. “¿No fue así?”

Se movió la mano.

“Cuando paseas por esta terraza, ¿también se mueve tu alma?”, preguntó ella.

Tosió.

“¿Sí?”

“No”, afirmó ella. “Tu alma siempre está donde tú estás, sin que haya movimiento alguno. En la capa, la situación era distinta: era tu alma la que se desplazaba y tu cuerpo permanecía donde el alma estaba, siempre, sin movimiento. Pero de la misma manera que si te apuñalan, tu alma quedaría indemne...”

“Si hubiera sido herido en el interior de la capa, su cuerpo permanecería sin marcas”, dijo Tredegar.

Ella asintió.

“Si alguien llegara a decapitarse en ese lugar, ciertamente moriría”, dejó claro Maryam con esfuerzo. “Pero su cadáver no estará sin cabeza; la muerte provendrá del daño al alma.”

La Izvorica se recostó en su asiento.

“Por eso, el lugar por donde entraste no es el mismo por donde saliste”, le explicó a Tristan. “Entraste en la capa a través de una debilidad en el material, deslizando tu cuerpo, y después de que tu alma se moviera un poco, saliste por otra parte—”

“Y dado que alma y cuerpo son uno solo, fue como si te hubieras trasladado de un lugar a otro”, susurró Song. “Eso...”

“Difícil de creer, lo sé”, admitió ella. “Si ayuda en algo, las capas son sumamente raras y prácticamente desconocidas fuera de los alrededores de los pozos de éter.”

Song negó con la cabeza.

“Potencialmente útil”, afirmó. “Una forma de moverse por la ciudad sin ser visto.”

Ella hizo una mueca.

“Eso sería sumamente peligroso, Song”, dijo Maryam. “La carne se cura naturalmente, pero las almas no. Tienen que ser reparadas a mano, y aún así nunca serán las mismas.”

La Tianxi aparentaba estar disgustada, pero no discutió. Maryam anticipaba en su futuro cercano un exhaustivo cuestionamiento sobre los riesgos y posibilidades de viajar a través de una capa, hasta que Song estuviera satisfecha de haber sido correcta o equivocada.

“Los vigilantes que me encontraron estaban preocupados, Song”, recordó Tristan. “Me comprobaron con el sello de la brigada para saber si estaba poseído por un ‘mara’.”

Maryam silbó. ¿Había fabricantes de muñecas aquí? Deberían haber sido advertidos en cuanto bajaran del barco.

“Cosas desagradables”, afirmó ella. “Debemos tener mucho cuidado si hay algunas en Tolomontera; su especie se mantiene cerca de los límites para robar cuerpos y mentes.”

Si en verdad existían varias capas en Port Allazei, su presencia tendría sentido. Odiarían el Gran Orrery, pero tener tantos umbrales a su alrededor sería como la miel para su sentido.

“¿Son en cierto modo lemures?”, preguntó Song.

Inteligencias de éter natural que no lograron convertirse en dioses, corrigió mentalmente Maryam. O señaladores que... cruzaron límites. Solo esas dos respuestas plantearían preguntas a las que ella no podía ni quería responder, así que simplemente asintió. Era suficientemente cercano, en términos prácticos.

Llegaron un par de sirvientes con platos de comida, colocándolos en silencio, y por acuerdo tácito, la conversación se detuvo. Maryam observó su plato de plata con sorpresa; contenía más que la abundancia que había esperado de una isla escondida en medio de la nada. Naranjas, granadas, higos y caquis. Incluso un mango cortado en pequeños cubos artísticamente arreglados, que le provocaron nostalgia.

Había sido una fierecilla con los mangos, cuando era niña; la sala de su padre siempre tenía esas grandes cestas llenas de ellos. Más de una vez fue castigada por robar uno, escondiéndose entre las ramas del roble en el patio para devorar la carne azucarada como una ardilla. Solo su madre, arrasando con el roble con un toque de Gloam, había puesto fin a ese hábito.

Se lanzó con entusiasmo, aunque dedicó unas miradas a los platos de los demás. El pan de miel de Song parecía apetitoso, pensó, la Tianxi lo comía metódicamente, pedazo por pedazo, mientras bebía pequeños sorbos de su té para prolongar la comida. Sin embargo, a Maryam le parecía incomprensible que las otras dos estuvieran tan ansiosas por comer huevos con pescado, entre otras cosas, y esas especias rojas en abundancia. A Maryam nunca le había gustado el pescado, que rara vez había probado de niña.

Volcesta, la ciudad donde nació, se encontraba en un valle que controlaba el paso desde Dubrik hacia la vía celeste, por lo que su gente comía más como los habitantes de las colinas que como los reyes de la costa. Frutas y ganado, no peces ni trigo. Antes de que los Malani comenzaran a traer su propio ganado desde el otro lado del mar, el padre de ella había acumulado riqueza comerciando ovejas y cabras en los fuertes a orillas del mar.

Maryam fue arrancada con fuerza de aquel pensamiento por la vista de Tristan cortando sus huevos, dejando ríos de yema por encima del pescado y untando un trozo en la yel en su plato. Él la miró con atención y levantó una ceja, levantando el tenedor como si quisiera ofrecerle un bocado; la Izvorica forzó una sonrisa y negó con la cabeza. Antes probaría un biscocho de la tela de la mesa que enfrentarse a eso.

Ocultándose con su plato, terminó de comer la abundante mezcla de frutas y pan y luego se recostó para volver a saborear su xocolatl, mientras Song terminaba el último bocado de su pan de miel. Le resultaba divertido notar que la Tianxi solo había bebido la mitad de su taza de té, todo cuidadosamente medido. A veces, Maryam pensaba que si a Song Ren la alcanzara un disparo en el estómago, lo que más le preocuparía sería la desordenada escena que eso provocaría.

Tras beber un último sorbo de su té verde, Song aclaró su garganta.

“Pienso inscribirme en una clase optativa,” les anunció.

Maryam levantó una ceja con curiosidad.

“Eso lo sabías antes incluso de ver la lista, ¿verdad?” la acusó.

Aún no había definido exactamente qué sabía y qué no conocía la Tianxi acerca de Scholomance. A veces parecía que conocía todos los secretos, y en otras ocasiones que estaba tan perdida como las demás.

“Mi tío me sugirió que tomara Estrategia,” admitió Song. “No solo trata de las artimañas, también del conflicto en escala de batallón y mayores. Los guardianes ingresados en la Academia de manera tradicional aprenden algo parecido.”

Tristan frunció el ceño y observó con atención.

“¿Qué tamaño tiene un batallón?” preguntó.

“De seiscientos a mil soldados,” respondió la Tianxi sin dudar. “Es la unidad independiente más común bajo la vigilancia, dirigida por oficiales de rango de comandante.”

Los labios de Song se curvaron en una sutil muestra de satisfacción, como solía hacerlo cuando le hacían preguntas a las que ya conocía la respuesta. Maryam, no obstante, pensaba que había respondido demasiado rápido; contestó de memoria, repitiendo algo que había leído en una página o escuchado de un superior. Tal vez fuera verdad, pero la Izvorica sabía que no podía confiar en lo que una fuerza como la Vigilancia escribiera o afirmara sobre sí misma.

El pie que todos miraban no era el cojo.

“Ambicioso,” comentó Tredegar, con tono aprobatorio. “¿Piensas buscar un mando en el campo bajo la G orgilla después de tu tiempo en la cábala?”

“Si surge la oportunidad,” reconoció Song. “Es una posición muy disputada, por lo que más probable sería que eventualmente formara mi propia compañía libre.”

Tristan soltó un sonido de interés. Maryam admitió sentir algo de sorpresa, como si fuera cierto que las compañías libres estuvieran bastante alejadas de los edictos del Concilio, y no pensaba que la Sacromontana tuviera en particular cariño por el liderazgo de Song. Crecerían en ello, y en el proceso, pero sería un camino largo.

“Eso requeriría una gran cantidad de fondos,” dijo él. “¿Cómo piensas asegurar esos recursos?”

Ah, fue un error de Maryam. Su víbora solo había olfateado monedas y se había vuelto curiosa acerca de qué tesoros podría haber oculto Song. La Izvorica también lo pensó, lo admitió, así que levantó una ceja invitante hacia su capitán.

“De manera astuta,” respondió calmadamente Song, y cambió de tema. “¿Has considerado alguna vez una especialidad, Tristan?”

El ladrón asintió.

“Medicina,” dijo.

Maryam emitió un sonido de sorpresa. No era la única, pues aunque Tredegar estaba complacida —como si tuviera derecho a aprobar o desaprobado sus decisiones—, el rostro de Song permanecía firmemente neutral, en esa manera que solía tener cuando trataba de ocultar las emociones.

“Yo habría pensado que Alquimia sería tu elección,” admitió Maryam.

“Obtuve mucho más provecho de la medicina que de los venenos, en el Dominio,” se encogió de hombros Tristan. “Y, a menos que alguno de ustedes tenga intención de tomar esa especialidad...”

Maryam no lo hacía, y Song ya tenía la vista puesta en un plan más ambicioso. Lo que dejó a Tredegar. La pista pasó por alto la cabeza de la otra mujer, quien en cambio sonrió a Tristan con entusiasmo.

“Es una profesión digna y respetable ser médico,” le dijo.

“La gente confía en los doctores para cosas de las que no deberían,” aceptó Tristan con alegría. “Además, si saco analgésicos, la mayoría asumirá que soy un seleccionado de la Savant en lugar de Krypteia. Eso debería facilitarme los movimientos.”

Esa sonrisa se borró por completo del rostro de Tredegar, y si por casualidad encontró su camino en el de Maryam, fue mera casualidad. Song, al menos, pareció algo impresionada.

“Es una excusa lo suficientemente decente,” dijo. “Pero quizás no dure mucho si te preguntan por tu campo de estudio preferido. La Sociedad Peiling es de eruditos.”

“Mi campo de estudio exacto es evitar ser descubierto en esas circunstancias,” respondió Tristan con suavidad.

Tredegar aclaró su garganta, por lo que Maryam sintió cierto alivio. Eso distrajo a las dos antes de que esa apariencia de suavidad se convirtiera en algo más filoso con los continuos empujones de Song. La Tianxi no lo hizo con intención de insultar — solo buscaba abrir huecos que pudieran llenarse con algo más fuerte — pero Tristan solo lo vería como la duda de un extraño en su competencia o, peor aún, intentando descubrir sus secretos.

Habías que negociar con él, Maryam había entendido desde el momento en que un chico extraño se le acercó en el vientre de la Campanilla Azul. Cualquier otra cosa sería un impuesto, y los infanzones le habían enseñado a odiarlos hasta los huesos.

“Me dijeron que había venenos en el Dominio, pero, dado la fuente, no di crédito a la acusación,” dijo Tredegar frunciendo el ceño. “¿Cómo los usaste?”

Y allí se esfumó la gratitud de Maryam. Aunque parecía improbable que Tristan hablara de veneno ante los Malani, entonces ella lo miró con el ceño fruncido. La total ausencia de una mueca en su rostro resultaba tranquilizadora.

“Como cebo para lupinos, y alimenté a un hollow moribundo con una gran cantidad de tejo volcánico, sabiendo que el airavatan lo comería,” respondió Tristan con sencillez.

Ni una sola mentira. La preparaste con antelación, bribón, pensó con cariño. ¿Cuánto tiempo había estado esperando para sembrar esa semilla?

“No estoy familiarizado con el tejo volcánico,” admitió Tredegar, picada.

“Es un veneno para lemures y lares,” explicó Tristan. “No mató a la bestia heliodora —no tenía suficiente para eso—, pero la dejó ciega, lo que nos permitió engañarla hacia su perdición.”

Y qué casualidad, pensó Maryam con una sonrisa de diversión, que la explicación de qué era el veneno encajara tan perfectamente con un recordatorio del acto de valor más visible y desinteresado que había cometido en el Dominio. Eso alimentaría la obsesión malani por equiparar acción y carácter, la ruin enfermedad que les enseñaba que solo las buenas personas hacían cosas buenas y solo las malas actuaban mal. Tristan había hecho cosas buenas, por lo que no podía ser malo.

Y no lo había sido, según la percepción de una mujer cuerda. Maryam consideraba que cada muerte causada por él era merecida. De lo contrario, no habría guardado silencio.

“Escuché que Ocotlán fue muerto por veneno, pero que la mano que lo administrara fue la de Vanesa,” dijo lentamente Tredegar. “¿Ella...”

“Ella saqueó mis almacenes sin preguntar,” respondió Tristan con franqueza. “Aunque habría añadido algo de sabor a su bebida sin dudar si ella me lo hubiera pedido. Era un matón brutal y la mitad de la razón por la que ella tuvo que someterse a las pruebas también.”

Su mano parpadeó, como si se hubiera obligado a no alcanzar el reloj de latón que heredó de la anciana. Por más que le gustara pretender que estaba más allá del dolor o el arrepentimiento, nunca había visto al ladrón sin él.

Tredegar asintió pensativo, y las nubes de tormenta se disiparon. Song los había observado todo el tiempo, sin decir nada, aunque su capitán había demostrado suficiente para complicar la agilidad de Tristan si así lo hubiera deseado. Pero no lo hizo, porque Song sabía que si Tristan se veía obligado a irse, Maryam también lo haría con él. Entonces, la Tianxi se mantuvo en silencio y dejó que todo siguiera su curso. Pero ella también nunca mentía, así que si todo esto explotaba, Tredegar la perdonaría fácilmente.

Siempre había un ángulo en juego, con Song. No se sentía enojada por ello; era una cualidad deseable en una capitana.

“Yo misma tengo la intención de aprender Navegación,” dijo Maryam, en parte para poder seguir en marcha en conjunto.

Song la miró con curiosidad.

“No te gustan los barcos,” dijo ella, y no fue una pregunta.

También tú, si hubieras visto a cientos de prisioneros arrastrados a sus bodegas, sin volver jamás, pensó Maryam.

“Soy Navegante,” respondió ella. “No es una regla en la Guilda Akelarre que un miembro deba ser capaz de, bueno, navegar, pero hay ciertas expectativas, no obstante.”

El tipo de navegación que se espera de un signo era la de las tormentas de Gloam, evitando que el barco y su tripulación fueran arrastrados y devorados por la oscuridad, pero dado que muchos de los miembros de su gremio pasaban la mayor parte de su carrera en barcos, también era habitual que pudieran realizar una navegación tradicional. Esto les permitía cobrar tarifas más altas cuando eran contratados para proteger las embarcaciones comerciales de las tormentas de Gloam, que representaban el trabajo más frecuente y lucrativo que realizaban las compañías libres de la Guardia.

Navegar a bordo de barcos mercantes por toda la Costa de la Torre no era un contrato que produjera una fortuna de la noche a la mañana —como matar a un dios anciano o dismantelar un

culto—, pero sí era una fuente de ingresos sólida, constante y en gran medida segura. Esos contratos eran el pan nuestro de cada día en las compañías libres y por eso el nombre de "Navegantes" era más conocido que el de la Guilda Akelarre en Vesper.

"Superar la incomodidad mediante el esfuerzo es algo digno," propuso Tredegar.

No hubo condescendencia, eso lo sabía Maryam. Sin embargo, aún sentía como si una mujer que se creía superior le estuviera dando una palmada en la cabeza. Mordiéndose la aguda respuesta que tenía a punto de salir, la izvorica de ojos azules se obligó a mantener la cortesía.

"¿Qué materia optativa estás considerando?" preguntó ella.

La expresión de gratitud de Song hizo que ella sintiera un pinchazo. No era irracional que no le agradara Tredegar. Tenía todo el derecho si así lo deseaba.

"Estoy inclinada a no escoger ninguna," dijo la Malani.

Por supuesto, pensó Maryam con desdén. Angharad Tredegar ya era perfecta, ¿qué podría mejorarse?

"Si me obligaran, podría aprender Samratrava o Centzon," continuó Tredegar, "pero antes de comprender las exigencias que la Gremio Skiritai pudiera hacerme, prefiero no comprometerme en ello."

Eso era, con pesar, algo no tan irracional. De alguna forma, dudaba que los Militantes tuvieran la clase más exigente intelectualmente en la isla, pero no había duda de que serían los más físicamente duros.

"La capitana Wen mencionó que aún tenemos una semana para escoger una materia optativa, pero que no hay garantías de que queden lugares," les informó Song. "Tengan en cuenta eso antes de darme su decisión. Su petición fue que le entregara las opciones lo antes posible, así que si alguno de ustedes está seguro..."

Ella se quedó en silencio, invitando una respuesta. Maryam estaba segura y se lo confirmó. Si alguna vez iba a navegar en un bergantín, necesitaría entrenamiento, y su incomodidad no era nada ante la necesidad. Tristan comprometió entrenarse como médico en cuestión de un instante, y aunque Song no lo mencionó, Maryam vio cómo ella escribía su propio nombre junto a la clase de Estrategia en la lista. Tredegar mantuvo de manera decidida su indecisión, una valentía audaz que por ahora cerraba el asunto de las clases.

"Deberíamos revisar nuestro dinero," sugirió Maryam después. "Creo que todos podríamos gastar un poco para tener suficiente para organizar nuestros asuntos antes de que comiencen las clases."

"Ah," dijo Tristan, "eso me recordó."

Sacó de su capa un papel y se lo entregó a ella, mientras los demás lo miraban con curiosidad. En él estaban escritos el número 112 y un sello de tinta — cruz de llaves dentro de un círculo —

estampado en la esquina.

"Tu capa," explicó. "No me permitieron conservarla en la detención, así que pagué para que la guardaran en un almacén. El almacén 'la confusión', le llamaban."

Ella le sonrió radiante. Con una capucha bajada, podrían mirarla menos en las calles.

"El mismo almacén donde guardan el regalo de mi tío," observó Tredegar. "Podemos resolver ambos asuntos de una sola vez."

La Malani la miró con sorpresa.

"No sabía que habías comprado una capa, Maryam," dijo.

La Izvorica mostró los dientes.

"Con ese precio, fue un robo," contestó.

Song aclaró su garganta.

"Me parece que ambos deberían ir allí, mientras Tristan y yo—"

Fue interrumpida por el sonido del roce de madera contra baldosas, que resultaba molesto. Maryam se volteó y vio a alguien robando una silla de la mesa más cercana, colocándola entre ella y Song, de espaldas.

El que la hacía era uno de los hombres más guapos que había visto.

Lierganen, con su cabello oscuro hasta el cuello, piel tostada suave y ojos azules llamativos. Bien afeitado y meticulosamente limpio, su uniforme regular destacaba sus músculos elegantes y sus hombros anchos. El desconocido se sentó, de espaldas a ellas, apoyando los codos en el respaldo de su silla, y aunque sus dientes eran perfectos, Maryam no pudo evitar pensar que parecían afilados como cuchillos.

—De ninguna manera así se hace una presentación, señor,—dijo Tredegar con frialdad.

—Ya nos conocemos—respondió el hombre—, por lo menos de nombre.

Se inclinó con despreocupación, tomó la taza de Song, acercándola a la rostro para olerla, y luego hizo una pequeña mueca antes de dejarla sobre la mesa.

—¿Verde Jigong?—dijo—. Insípido.

Antes de que el desconcertado Tianxi pudiera reprenderlo por ello, él sonrió.

—Capitán Sebastián Camarón—se presentó—. Novena Brigada.

Ay, pensó Maryam. Mierda. Iba a ser una de esas conversaciones, ¿verdad? El pequeño príncipe de príncipes dirigió una mirada a Tredegar.

—Anoche le golpeaste a mi hombre, lo humillaste—dijo el Capitán Sebastián.

—Una modestia poco apropiada—contestó Angharad Tredegar sin pestañear—. Te aseguro que apenas necesitó de mi ayuda.

—Vaya, qué gracia—se rió—. Eres divertido, Tredegar.

Inclinó la cabeza ligeramente.

—¿Eras así antes de que descuartizaran a tu familia y pusieran precio a tu cabeza?—preguntó—. ¿O quizás eres de esos que sonríe ante el dolor?

El Pereduri quedó muy, muy quieto. Sebastian Camarón siguió sonriendo.

—Mi tía dice que solo un necio busca guerra en la oscuridad—dijo—. Así que te investigué mientras tu grueso padrino vino a hacer tratos con ella.

Con habilidad, tomó una pequeña cuchara de plata, la golpeó contra el borde de la taza de Song y luego la apuntó a Maryam.

—El peor símbolo en la isla—dijo.

Los dientes de ella apretaron con fuerza. Dolía aún más saber que quizás, en verdad, tuviera razón. La cuchara se dirigió hacia Song.

—El apellido más odiado bajo el cielo—prosiguió—.

A Tristan.

—Nadie.

Solamente entonces volvió a mirar a Angharad, dejando de sonreír.

—Y Angharad Tredegar, sin duda la sobrina más costosa en toda la historia de Vesper—dijo el Capitán Sebastián Camarón—. Eres la única aquí que vale una segunda mirada, Tredegar, y por todas las señales, la peor tonta del grupo.

El capitán golpeó pensativamente la cuchara de plata contra la mesa.

—Indudablemente—decidió—, esto es una molestia. Persuadirte de abandonar Scholomance no tiene sentido—¿quién presta atención a un disparo en un navío que se hunde? Por otro lado, anoche maltrataste a Musa y después te paseaste con arrogancia a costa de mi brigada.

Suspiró y volvió a golpear la cuchara contra la mesa, como si fuera puntuación.

—Mi tía acordó los términos con el Capitán Waddles, así que los cumpliré por respeto a ella—dijo el Capitán Sebastian—. Debes ser disciplinada, claro, pero después de eso, me lavaré las manos de... esto.

El desdén en su última palabra, que pronunció mientras los miraba a todos, pesaba mucho.

—No vuelvas a llamar mucha la atención—advirtió Sebastian Camarón.

Los ojos de Song estaban fríos.

—¿Y qué pasará—preguntó—, si lo hacemos?

No, pensó Maryam. Eso es lo que quiere que digas, Song. Para que pueda hacer su amenaza. El hombre se rió.

—Qué audaz hace que el menor de nosotros crea en la ilusión de la seguridad—reflexionó—. No estás protegida, Song Ren. Sería mejor que descartaras esa ilusión antes de que te cause daño.

Sebastian Camarón empujó la silla hacia atrás y se levantó, arrojando la cuchara al mantel con desprecio.

—Veintisiete, Hostal Rainsparrow—dijo—. Tu habitación, ¿verdad? Estará vacía cuando regreses.

El capitán de la Novena Brigada sonrió.

—Esta vez, he decidido dejar a la Décimo Tercera Brigada con lo puesto —dijo Sebastián Camarón—. Esa será la última misericordia que recibirán de mi parte.

Luego les dirigió una sonrisa cálida, asintió como quien se despide de un viejo amigo y se alejó silbando una melodía animada. Lo observaron en silencio, sin pronunciar palabra, incluso después de que abandonó la terraza. Hasta que, finalmente, Song rompió el silencio.

—Tristán —dijo.

El ladrón giró su dirección hacia ella.

—¿Song? —preguntó.

—Parece que iremos a tu cabaña más pronto de lo que pensábamos, porque necesitamos un nuevo refugio —concluyó.